

# Ilustración



**GRACIELA LARROSA**

(Artista plástica argentina contemporánea)

*"Pasividad"*

Óleo, 120 × 100 cm

Graciela Larrosa pertenece al movimiento plástico de la ciudad de Luján. Si bien reconoce como maestros a Cayetano Forteza y Eduardo Medici, no deja de considerarse autodidacta. Esta inclinación partió en sus inicios de la necesidad de evitar pertenecer a estructuras que le limitaran su vuelo ideológico. Ha participado en numerosas muestras, cosechando diversas distinciones. Merecen citarse el Salón del Tango, el Salón del Poema Ilustrado, la Bienal de Arte Sacro, el Salón Fernán Félix de Amador, el Salón de Otoño, el Salón Florentino Ameghino, el Mural Artístico Blas L. Dubarry y el Certamen de Murales de Mercedes.

La artista plástica utiliza acertadamente el diseño hacia una perspectiva de indudable efecto comunicativo. La técnica que emplea para alcanzar este logro se nutre del color y de nítidos trazos que ostentan con firmeza la idea elaborada. En sus obras se evidencia un lenguaje que parte de las figuras en una expresión que va más allá del sentido visual. Trascienden desde dichas representaciones trayectorias no sólo pictóricas, sino también aquellas derivadas del verbo. Su expresión final es la alquimia del pigmento y de la luz en la búsqueda de la dialéctica para transmitir el pensamiento. Graciela Larrosa lo declara con acierto *"el artista es la persona con la capacidad y el deseo de transformar su percepción visual en forma material"*.

## La posesión del artista entre la materia y la conciencia

En el devenir que imagina, el hombre se apropia de los días, las palabras y los sonidos. Es lo que cada individuo busca en su intimidad para ocupar su soledad. Pero entre los días, las palabras y los sonidos, subsiste la profundidad. Es como una llaga que nos acerca a ese dolor de desaparecer o a la instancia de tolerar la existencia. Ubicada en los silencios, esta herida es un alivio a la permanencia, una contención al tiempo que nos obliga a no pensar, a desangrarnos sin darnos cuenta de lo que vamos dejando. Este hueco entre los días, las palabras y los sonidos, y que llamamos silencio, es la posesión que tiene el hombre para revelarse. Es su propia redención. Y el firmamento de las noches es el silencio mayor. Las ciudades no lo advierten, porque carecen de la magia de los cielos nocturnos. El cielo es una mirada a nuestra memoria y sus habitantes son náufragos que nunca pueden mirarse a sí mismos. Estos silencios nos alejan del tedio. El hastío se vuelve comunión con la inanidad del tiempo. Es la hermandad de la desesperación humana con la temporalidad y el azar que nos contiene. Es esta igualdad en el destino lo que nos fraterniza con los silencios. Nos acerca, de la misma forma como se juntan los condenados, a la espera de lo irrevocable. Es una alternativa de redención compartir la misma misericordia, aunque ésta sea la desesperanza.

A pesar del desaliento que nos produce la incommensurabilidad del cosmos, nuestro esfuerzo no se detiene ni un instante. Siempre estamos en perspectiva. Quizás para engañarnos y no darnos cuenta del tiempo y de la distancia, o sea de la senectud y de la soledad; o tal vez porque pretendemos la eternidad desposeída ante la angustia existencial. Sólo los vagabundos por convencimiento miran el mundo desde otra objetividad, y apenas se inquietan. Los artistas tratan de comprender con desesperación a sus sentimientos, y son tan honestos con el pensamiento como los vagabundos. El resto, la mayoría, están insertos en su ignorancia o en sus intereses. Graciela Larrosa avizora esta inserción de la creación al afirmar *"el artista expresa lo que percibe. Y percibe lo que expresa"*.